

A DÓNDE IRA VELOZ
Y FATIGADA

(Diurno a los adioses)

Roberto López Moreno

I





Y es que uno dice adiós...

y se come un puñado de vida para siempre.

Un punto entre las cosas que tocamos.

Y se quedan...

o se van,

por vía inversa,

sobre un vagón de humo y polvo.

Adiós,
golondrina de pañuelos de salitre;
atmósfera de salida,
geografía ineludible;
nos marca
ríos atroces,
que bajan como venas venados,
sobre las espaldas del tiempo.

Hablemos del adiós,
lengua oscura,
sobre dos rieles enfermos,
de olvido y de distancia.

También podríamos decir que,
puño de escamas y de plumas,
cae al centro de nuestras lagunas secas,
cuando la piedra pierde, mineral herido,
sus signos teologales.

Se despide uno de la gente, de las cosas,
de la casa en que se nace,
del minuto inasible en que se ama,
de la cama inevitable
que habita recámaras de invierno.

Habitaciones heridas,
por el negro milagro del adiós,
recintos de sombras,
ecos mudos de los ecos,
qué húmedos,
qué huérfanos,
qué solos se quedan los cuartos,
que se quedan solos,
qué dados a su soledad,
tan siempre viva.

Semilla de la muerte,
silueta del silencio,
entre los cuartos
agazapada metáfora del vacío.

A través del adiós, filtro de ausencias,
me dibujo este cuerpo devanado,
rayo de sombra, luminoso hielo,
sangre que late sobre los instantes.
Me dibujo este cuerpo a pulso firme,
el calcio que sostiene cada pena,
el eco masticado entre mis dientes,
como vieja canción de nuevo encinta.
A través del adiós me desdibujo,
me deshago, me rehago, me redigo,
me estoy haciendo adiós, dócil, funesto,
me estoy quedando aquí, en cada cosa,
mi cuerpo está colgado de la vida,
“y escucho con mis ojos a los muertos”.

Vamos quedando solos,
lentamente,
hasta que el adiós,
dedo de hielo y fuego,
juega a salvarnos.

Si te quedas
te coges del día,
de los sueños,
te agarras con furia de las cosas,
pero éstas también se desdibujan,
inexorablemente;
los muebles,
los zapatos,
la aguja que te zurce la camisa,
pañuelo de tu piel que se despide
por los ojales del hasta nunca.

Dolor por la camisa,
que nos cubrió
el frío de la fiebre,
las fiebres del invierno,
que se hizo nuestra carne
para salir desnudos de la noche
al sol.

Arruga el transcurso,
prolongación difícil de las palpitaciones,
argumento del sudor más laborioso,
telar tan nuestro.

Y somos sólo polvo, polvito, partícula de tiempo.

Y no somos más que esto:
difícil estructura de adioses,
lo que no se crea ni se destruye,
pero cambia de formas en una flor de lágrimas.

Adiós, mano de hielo,
dedos de pañuelos fatales
sobre los horizontes.

Hablemos del adiós, papalote,
paliacate húmedo,
tlapalería de treinta y tres clavos,
guacamole del malo en molcajete del bueno,
guacal de penas, tlaconete escurridizo,
comal de los suspiros,
nagual, zenzontle y ahuehuete.

Corona de noviembre;
todos los días remiten a noviembre,
la piedra relatora,
el viento helicoidal dibujándonos
el tiempo,
el maguey hiriendo octubres;
todo es río desbocado
hacia noviembres sin remedio.
Adiós,
corona de noviembre,
fruto amarillo de los sueños.

Todo lo que hacemos cotidianamente,
el amor,
la amistad,
la suma del latido,
padece el mismo signo inevitable;
el lenguaje feroz de los vacíos.

Mi abuela materna
fue un árbol de marimbo
que permaneció entre nosotros
más allá de sus noventa años,
desde quién sabe cuántos siglos de estirpe;
por eso,
su adiós,
fue un inmenso vacío
a la mitad de la casa.

Sacudo los muebles,
mis libros,
mi camisa,
me sacude el cuerpo el plumero del tiempo
y empiezo a desprenderme de este polvo
con un reloj latiendo entre las venas.

Por qué el afecto, el amor, el cariño,
la frente fresca,
el cuerpo a gusto;
por qué el viento, nuestras ventanas,
abiertas al día,
bebiendo luz que alumbrará
los sueños,
por qué toda esta carne del fluir
...si finalmente...

Todo se va,
solamente nosotros nos quedamos,
presencia amarga,
en cada uno
de los que lloran.

Encontrarse para separarse.

Ah, este lenguaje,

hostil

del movimiento.

Qué sólo somos,
todo nos es prestado,
menos la soledad,
recargada al final de la calle,
puñal legítimo.

Dado que la muerte
dura toda la vida,
se debe estar
entrenando el alma
para cuando el día
de la soledad.

Nuestra hermandad más sólida
es el adiós,
cilicio,
citra,
silencio,
sima,
esperma de la muerte.

Qué pavor tan sin salida
oficias en mi cuerpo
oh, maligno sacerdote
de las despedidas,
alcahuete de las ausencias.

Dolor inevitable,
acólito de la ausencia suprema,
cuando la vida comete en nosotros
el crimen del silencio.

Momento rompedor,
necesario
a la espiral que nos construye,
nos deshace,
y nos vuelve a edificar
a través de nuestra carne
a los mismos dolores prometida.

Mundo de un vientre que se yerma,
saliva que se enjuta,
fruto que se pierde,
los paisajes que vivimos cuando niños
y a los que volvemos,
tan sólo para verlos manoseados
por los morbosos tentáculos del tiempo;
cuando ya nada es igual,
ni el ojo ni el paisaje.

El adiós es el cincel de lo mutable,
sexo desvolcanizado,
ángel malvado de lo precedero,
tratado de lo transitorio,
manual de las nostalgias,
lucecita, Faro de Balbuena despidiendo a los aviones.

“... a dónde ira veloz y fatigada
la golondrina que de aquí se ...” etcétera,
el camino que lleva a los rulfianos pueblos
del polvo abandonado.

El adiós eres tú, adiós,
el vaho de la boca que devora,
dentellada final, el universo.

II

¿Por qué naces nuevamente,
adiós,
si ya no tengo palabras,
para despedirte?

ÍNDICE

Y es que uno dice adiós. Un punto entre las cosas.
Adiós. Hablemos del adiós. También podría decir que...
Se despide uno de la gente. Habitaciones heridas.
Semilla de la muerte. A través del adiós.
Vamos quedando solos. Si te quedas. Dolor por la camisa.
Y somos polvo, polvito. Y no somos más que esto.
Adiós, mano de hielo. Hablemos del adiós.
Corona de noviembre. Todo lo que hacemos.
Mi abuela materna. Sacudo los muebles.
Por qué el afecto. Todo se va. Encontrarse para Separarse.
Qué solos somos. Dado que la muerte. Nuestra hermandad.
Qué pavor. Dolor inevitable. Momento rompedor.
Mundo de un vientre. El adiós es el cincel.
Por qué naces.